La Victoria de la Cruz y la Urgencia de la Conversión

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. En el corazón de nuestra fe se encuentra un misterio que no puede reducirse a símbolo o sentimiento: por su Cruz, Jesucristo ha vencido la muerte. Lo que parecía derrota se ha convertido en la victoria decisiva de Dios. La muerte no lo dominó; Él entró libremente en ella y, desde dentro, la destruyó. Como enseñan los Padres de la Iglesia, la muerte tomó su humanidad, pero encontró su divinidad, y en ese encuentro fue derrotada.

La Cruz no es, por tanto, un hecho del pasado. Es el puente vivo por el cual la humanidad pasa de la muerte a la vida. Cristo, habiendo asumido nuestra carne de la Virgen María, descendió hasta lo más profundo de la muerte, destruyó su dominio y abrió para nosotros el camino de la vida eterna. Esto no es poesía. Es realidad. Es la verdad sobre la cual debe construirse toda vida cristiana.

Debemos, sin embargo, hablar con claridad: muchos que llevan el nombre de cristianos viven como si esta victoria no hubiera ocurrido. Con demasiada frecuencia: la vida de la gracia es descuidada, la Eucaristía dominical se considera opcional, la Confesión se pospone o se abandona, el Bautismo se trata como una costumbre social y no como un nuevo nacimiento, la fe se reduce a cultura y el discipulado a conveniencia. Esto no puede continuar.

La Palabra de Dios proclamada en First Epistle to the Corinthians declara: "¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? … ¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!" Y en Second Epistle to the Corinthians: "El que resucitó al Señor Jesús también nos resucitará con Jesús." Si esto es verdad —y lo es—, entonces nuestra vida debe reflejarlo.

Por lo tanto, como su pastor encargado del cuidado de sus almas, afirmo con claridad el camino que debe ser asumido:

Vuelvan a la Eucaristía dominical como centro de su vida. La ausencia habitual sin motivo grave no es algo menor; es una ruptura en nuestra comunión con Dios y con su Iglesia.

Acérquense al sacramento de la Confesión con regularidad y sinceridad. No permanezcan en el pecado cuando la misericordia de Cristo está abierta para ustedes. Aseguren que el

Bautismo sea recibido con fe, y que quienes presentan niños estén verdaderamente comprometidos a educarlos en la fe.

Restablezcan la oración en sus hogares. Una familia que no ora unida no permanecerá firme en la fe. Vivan como discípulos en la vida diaria: en la caridad, en la verdad, en la fidelidad y en el valor de vivir conforme al Evangelio.

Esto no son ideales opcionales. Son la expresión concreta de una vida que cree en la victoria de la Cruz.

Contemplemos también el misterio de la nueva creación: en Eva, la desobediencia abrió el camino a la muerte; en María, la obediencia abrió el camino a la vida. Cristo, la Vida nueva, ha venido al mundo por medio de ella, y en Él ha comenzado una nueva humanidad.

En un mundo marcado por la confusión y el debilitamiento espiritual, la Iglesia no puede perder su claridad.

Tampoco nosotros podemos vivir una fe dividida. La Cruz es al mismo tiempo salvación y juicio: consuelo para el que se convierte, y llamada urgente para el que permanece indiferente.

Por eso, llamo a cada uno de ustedes a una renovación seria de la fe. Que este sea un momento de decisión. No retrasen la conversión. Vivan como quienes saben que Cristo está vivo y que su victoria es real.

Confiándolos a la intercesión de la Santísima Virgen María, les imparto mi bendición en el Señor.

En Cristo,

Fr. Vilaire Philius
Párroco